

«ESPAÑA, CUANDO SE VAYA DEL SAHARA, LO HARA CON LA CONCIENCIA TRANQUILA»

Declaraciones del general gobernador del Sahara, don Federico Gómez de Salazar, a ABC

Tres veces hubo que interrumpir esta entrevista, un día, por una llamada urgente; otra, ante la llegada de una relevante personalidad, y la tercera, porque surgió una salida precipitada en la que el general-gobernador del Sahara, don Federico Gómez de Salazar, intentó la devolución de las dos patrullas españolas, que son su constante preocupación, hasta afrontar por ellas, y a cuerpo limpio, el mayor riesgo una vez más.

Decir así, «una vez más» insistiendo, no es casual, sino deliberado para aludir a la experiencia reiterada que le ha entrenado en el peligro, como si no bastara ya para acreditarlo esa Medalla Militar, la única entre sus condecoraciones que luce siempre.

Además de la gran seguridad que transmite, si hubiera de definirle con cuatro palabras diría que es sencillo, infatigable, eficaz y abierto. Tan abierto que responde a todo... O casi todo.

—Si alguna de mis preguntas fuera inconveniente...

—Pregunta, pregunta lo que quieras; no hay nada que ocultar, yo contesto a todo el mundo lo que sea.

—Lo que más urge son noticias de nuestras patrullas desaparecidas. ¿Fue una emboscada o un error?

—Mientras no hablemos con ellos no sabremos realmente la verdad, aunque parece lógico pensar que cayeron prisioneros.

—¿Se confía en un rápido rescate?

—Desde luego, ahora se renuevan diariamente las gestiones sin descanso, pero se ha hecho y se hará más de lo posible hasta que regresen.

—Se ha hablado incluso de uno o varios desplazamientos suyos a territorio extranjero.

—Personalmente fui a Mauritania en una avioneta, con un capitán de la Policía para buscar a esas patrullas, incluso insistiendo en algo que lógicamente habían de negarnos, como era la entrada en su territorio de otras patrullas nuestras para colaborar en la búsqueda. Muy amablemente se me dijo que se prestaban a todo, pero que siendo el suyo un país independiente y con medios suficientes no precisaban nuestra colaboración para realizar la búsqueda. Al día siguiente pudimos comprobar que, en efecto, en la zona mauritana habían movilizad a unos arqueros que, junto con su Policía, recorrían los sitios indicados. Al mismo tiempo un oficial nuestro fue a Ai Ben Tili a entrevistarse con el teniente de dicho puesto, que facilitó también todas las gestiones, pues ya había recibido esa orden del gobernador, y se acordó que al día siguiente sus patrullas entrarían en la zona española para seguir el rastro desde el lugar en que había ocurrido el suceso. Entraron y, acompañados de nuestra Policía Territorial vieron que las huellas desaparecían de territorio mauritano para entrar en territorio español muy al este de nuestras fronteras, dirigiéndose hacia Argelia, y que ya en zona argelina se encontró con la que al día siguiente tuvo también la desgracia de caer prisionera de los polsarios. Ambas patrullas fueron llevadas a un lugar que está situado al oeste de Tinduf, a unos 150 kilómetros. Conocemos el sitio y sabemos cómo están por un informador que les ha visto y hablado. El ha recibido el nombre de todos, uno por uno, comprobando

que están bien tratados y se volvió a darnos la noticia. Actualmente hemos pedido la colaboración de Argelia para rescatar las patrullas que están en su territorio.

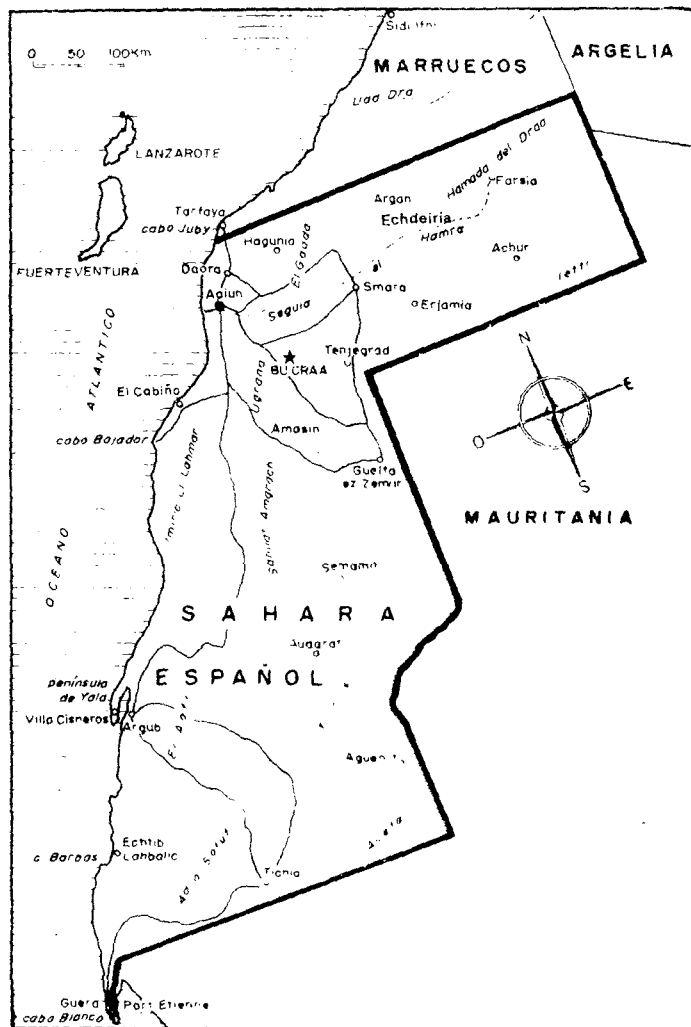
—¿Cuál ha sido la respuesta?

—Tarda, necesariamente, porque mi telegrama para Beichar ha ido vía Las Pal-

mas, Madrid, Argel y Beichar, cuando lo reciba pedirá permiso a sus jefes para autorizarme a mí a ir personalmente. Esta gestión está coordinada con otra que lleva a cabo el Ministerio de Asuntos Exteriores para lograr que el embajador pueda recibirme y hacer esa gestión, y también nuestro agregado militar en Argelia está haciendo gestiones con el Estado Mayor del Ejército argelino. Son gestiones hasta ahora eficaces, y tengo unas esperanzas enormes. Además confío en las magníficas relaciones que mantenemos con Argelia y que su colaboración nos permitirá muy pronto recuperar nuestras patrullas.

—Entre los corresponsales que vinieron con la Delegación de la O.N.U. causó gran sorpresa las facilidades que se dieron a cinco periodistas marroquies.

—Es que esos periodistas ya venían autorizados por el Ministerio de Información y Turismo y por la Dirección General del Sahara e incluso por nosotros mismos. También les he recibido en mi despacho, atendiendo a sus preguntas con el mismo



carifio que hacia cualquier corresponsal, o más aún, porque nosotros no estamos en guerra con Marruecos; por tanto, además del respeto que para mí merece la Prensa del mundo entero, con ellos me gustó extremarlo por existir el problema del Sahara, que es conveniente aclarar cuanto podamos.

—¿Hacia dónde orientaron las preguntas?

—Fueron muy amables y preguntaron muy bien, interesándose por tres o cuatro terroristas que habíamos detenido. Dije que se les sorprendió con armas y material, pero que ignoraba otros detalles, que ni puedo saber ni me interesan, porque son cosas que lleva la Policía. Me dijeron que pertenecían al Istiqlal y que les había inquietado mucho que el partido F. Polisario se hubiera desbocado aquí sin una dirección aparente —aunque sin duda la tenía y estaba basada en los países comunistas—, porque sería trágico para Marruecos que al sur de su país se estableciera un estado comunista, y que en cuanto a España tener en el borde oriental de Canarias un país comunista tampoco debía ser agradable.

También me preguntaron cómo habíamos permitido que por Radio Sahara se dijese algunas cosas desagradables. Contesté que si hemos dado libertad a todos, Radio Sahara debe estar abierta, y lo está, a todos los partidos y sin ningún control, pues queríamos que las Naciones Unidas vieran la realidad pura y concreta de lo que pasa en este país.

NADA HA CAMBIADO

—Ante el resultado de esa libertad muchos se preguntan si era quizá el temor a una represalia lo que no había permitido a los saharauis expresarse hasta ahora sinceramente o si es que algo ha cambiado su actitud hacia España.

—Creo que nada ha cambiado, sino que al dar esa libertad, gentes incontroladas se han aprovechado del momento, pues también durante esos días defilaban por mi despacho gran cantidad de personas de todas las tendencias y edades, lamentando que una minoría absurda e incontrolada, esencialmente compuesta por mujeres y niños, pretendiera representar al verdadero pueblo saharaui, que sabe el esfuerzo y la ayuda tan enorme que ha recibido de España, pidiéndonos que no tuviésemos en cuenta y los perdonásemos. Y en cuanto a represalias serían absurdas, y más tratándose de este pueblo,

—¿Es posible que una mayoría de saharauis quiera aún nuestra presencia?

—Realmente los saharauis deben recibir ayuda de alguien. Nosotros estamos aquí organizados, y, aunque no fuese más que en la parte civil, quienes están aquí tienen una preparación grande: mecánicos, albañiles, carpinteros, servicios públicos, médicos, que ellos no tienen o muy escasamente, y yo pienso que al quedarse solos habrán de pedir a esos hombres que continúen ayudándoles y habrán de llegar a un acuerdo con algún país. Muchos quieren que sea España, pero será una cuestión a tratar después entre el Gobierno saharaui y el español.

—¿Ha podido precipitar esta situación la solicitud del referéndum?

—Creo que no; lo único es que la situación de estos días ha clarificado mucho las cosas. Ha convencido a la Comisión de la O. N. U. de que ellos quieren claramente su independencia, pero a nosotros nos das lo mismo, que sea los «polisarios» la mayoría o los del P. U. N. S.

—En pura hipótesis, si realizado el referéndum, la presencia de España fuera rechazada aquí, ¿nos mantendríamos por la fuerza?

—De ninguna manera, claro.

—¿Y si esa postura nuestra, que sería exclusivamente de prudencia, fuese interpretada por Marruecos como una debilidad respecto a nuestras plazas del norte de Africa?

—Eso nada tiene que ver con esto; aquí mantenemos la actitud clarísima de dar a

este pueblo lo que le convenga con el apoyo de las Naciones Unidas.

—En cuanto a dejar el territorio, ¿qué puede retrasarse aún?

—Seguramente hacia noviembre las Naciones Unidas tomarán un acuerdo. Entonces, hacia abril o mayo, se haría el referéndum en presencia de esa misma O. N. U. como testigo, y de ello saldría una conclusión. Este es el plan previsto.

—Si el referéndum aprobara nuestra presencia durante algún tiempo más y Marruecos se opusiera a ella, ¿intervendrían directamente las Naciones Unidas?

—Esto no cabe; España ya no se quedaría aquí de ninguna manera, porque no quiere quedarse. Cumplirá el mandato de

la O. N. U., pero saldrá de aquí en el momento que pueda delegar en un Gobierno independiente, pues habrá cumplido su misión y dejará este pueblo, marchándose tranquila.

LAS INVERSIONES

—¿Fue rentable la inversión que hizo España aquí, teniendo en cuenta lo que ha debido costar?

—Nunca se pretendió que lo fuera, porque el propósito de España era desarrollar un país pobre, que vivía en un medio difícilísimo, y eso se ha logrado, pues en un territorio donde sólo había un desierto y unas cuantas jaimas repartidas, buscando una lluvia que esporádicamente podía caer, ahora hay cinco o seis ciudades de bastante importancia, con todos los adelantos modernos, gran cantidad de hospitales, escuelas e institutos, centros culturales y deportivos, carreteras, servicios de comunicaciones, edificios públicos, y es una labor impresionante que nadie puede imaginar lo que supone aquí, porque no es lo mismo hacerlo en un lugar productivo que en un desierto tremendo.

—¿Se ha recuperado ese esfuerzo nuestro?

—España no ha intentado nunca recuperar lo que ha invertido aquí, y en cuanto a Fosbucraa, la industria española, que ha hecho una inversión impresionante, va en marcha, superándose por días y cumpliendo los plazos previstos. Cuando tuviéramos que irnos del territorio se llegaría a un acuerdo con el Gobierno que quedase aquí, un acuerdo como hay en todas partes, y esta industria nuestra recuperaría el capital invertido y los intereses. Lo que pasa es que el Jefe del Estado prometió que los bienes que ha producido esta industria revertirían en el Sahara, y así se cumplirá. O sea, que podrá recuperarse el capital, pero no los bienes.

—Haciendo un balance hasta la fecha de hoy, ¿habría que rectificar algo en cuanto a nuestra conducta con el Sahara?

—No, porque hemos hecho cuanto hemos podido y ha sido muchísimo. Sólo que hubo épocas en que se podía menos y otras en que se pudo más. Por ejemplo, hasta el año 1960, España tenía muchas dificultades, incluso en el interior. A partir de esa fecha se inició un desarrollo gigantesco y rapidísimo que produjo una gran riqueza y permitió una mayor ayuda a este país.

NO TENEMOS INTERESES

—Ante el cambio de actitud del Sahara, aparente o no, ¿va a cambiar o ha cambiado también la postura de España hacia él?

—No existe tal cambio; pero aunque lo hubiese, España seguiría en la misma actitud. No tenemos intereses en este país y nos da lo mismo lo que ellos quieran hacer.

—¿Han comenzado a marcharse ya algunos españoles?

—Creo que algunos están marchándose, no lo sé; pero lo que sí me interesa es la permanencia de nuestros trabajadores y funcionarios, de nuestros soldados y oficiales. Pero si los familiares prefieren irse o quedarse no es problema en el que yo haya de intervenir, especialmente cuando aquí no pasará nada y no hay medidas que tomar.

—Nuestra marcha definitiva del territorio tiene dos posibilidades: una dentro de un proceso normal y la otra como resultado de una emergencia; ¿esta prevista así?

—Es normal tener prevista una evacuación en todas las ciudades españolas por si hubiese una hecatombe. Es una misión de nuestro Estado Mayor y aquí tiene preparado un plan de evacuación del territorio ante las mil calamidades que pudiesen ocurrir exigiendo una salida precipitada. Sabemos las zonas adecuadas, los medios elegidos, la forma de hacerlo y el material apropiado. Está todo previsto y ordenado y sólo a una señal se pondrá en marcha el complicado engranaje. M. MURO.